

**desde
literatura •**

Esto pasaba cuando todavía podías ser asesinado por amor

Jennifer Clement

Crecí en una ciudad donde el cielo estaba cubierto de alambres de electricidad y gruesos cables de tranvía. Redes de líneas cruzadas enmarcaban las nubes. Un solitario zapato o un par de tenis colgaban siempre de alguna línea. Era una costumbre que nadie podía explicar. ¿Una broma? El valle de la ciudad de México parecía extenderse bajo un cielo de zapatos abandonados.

Durante los sesenta y principios de los setenta, el sur de la ciudad de México tenía un olor acre de aguas residuales porque una empresa de papel, con su alta chimenea humeante, dejaba escapar grises plumas de tizne. La fábrica era parte del paisaje, como si fuera uno de los volcanes que rodean la metrópolis. En ese tiempo, los burros también usaban el Periférico, y de vez en cuando aparecían perros rabiosos, agazapados en los portales, con saliva espumosa alrededor de las fauces y ojos de locura humana.

Había aún personas con los ojos bizcos y muchas mujeres dejaban crecer su cabello hasta las rodillas. Todas las calles tenían dos sentidos, y en algunos estados el castigo por matar una vaca era mayor que la pena impuesta por matar a una mujer.

En esos años, un galés de Mold, Edward Foulkes, fundó la Academia Edrón en el sur de la ciudad de México. Allí aplicó sus ideas sobre educación, basadas en su exitoso trabajo con niños que presentaban problemas de aprendizaje, incluso con niños que habían cometido delitos. La política del colegio era admitir a cualquier estudiante. Fue aquí, en esta escuela, en la que muchos chicos, yo misma incluida, nos hicimos ingleses en México.

En esta escuela, establecida en una casa sobre una calle pavimentada con adoquines en el área de San Ángel, dejamos nuestro mundo mexicano y supimos de la esquila de las ovejas, de los viejos y nuevos peniques, y de los pesos calculados en piedra. Estudiamos *Aproximaciones al latín* de Paterson y MacNaughton, y aprendimos de memoria la brevedad y la

largura de las vocales y de las inflexiones. Y estudiamos las teorías sobre las ruinas celtas.

Camino a la escuela, yo pasaba por una casa que tenía enfrente una jaula con dos monos; también pasaba delante de arbustos cubiertos de caracoles como una tela de lunares, mientras memorizaba los acontecimientos de los reinados de los Tudor y Stewart, y hasta aprendía a cantar *Greensleeves*. Camino a la escuela tenía que pasar por enfrente del estudio de Diego Rivera y de un viejo lote abandonado donde los fines de semana íbamos a buscar víboras. Una vez, en ese terreno, mi hermano halló un cerebro humano en un frasco de formol.

En la escuela nunca trabajamos en español ni estudiamos nada sobre nuestro país. Así, sentíamos como si la mitad del tiempo viviéramos en Gran Bretaña y la otra mitad en México. México también existía en los recreos. Jugábamos *football*, deporte que la familia Blackmore —cerveceros de Cornwall— introdujo en el país a finales del XIX. En el recreo comíamos mangos y naranjas cubiertos de limón y salpicados de chile en polvo, y sólo hablábamos en español.

Fumábamos cigarros y marihuana en los baños de azulejos verdes, y estábamos muy perturbados por la pobreza que rodeaba la escuela y nuestras casas. Unas cuerdas más allá de la Academia Edrón estaba la avenida principal, Revolución, donde pordioseros deformes, sobre carritos improvisados, se empujaban con sus propias manos en el sucio cemento. Las mujeres indígenas y los come fuegos pedían centavos en medio de la calle. Muchos de nosotros leíamos a Marx, pasábamos las tardes en la librería Ghandi y escuchábamos a Silvio Rodríguez en nuestros tocadiscos.

En esos años vino a México una familia inglesa de Leeds. El señor Morgan había sido enviado a Tampico por una compañía petrolera. Rupert y Miles, los hijos, entraron a nuestra escuela. Su madre, la señora Morgan, era una hermosa mujer con una larga cabellera rubia. Vestía a la última moda de los sesenta —maxi faldas, botas altas a la rodilla y una cinta de cuero con cuentas alrededor de la frente—. Cuando íbamos a casa de nuestros amigos, ella encendía el tocadiscos y escuchábamos a Tom Jones y a Amen Corner. Ella podía recitar poemas de memoria y con frecuencia disfrutaba el sol mexicano acostada en el jardín leyendo a Neruda o a Yeats. Recuerdo que un día acompañé a la señora Morgan al mercado de San Ángel. Mientras ella caminaba delante de las piñatas, las pilas de cacahuete en sus cáscaras, los puestos de los carniceros, los montículos de pollos muertos y delante de las cubetas con pescados en hielo, rojo hielo de sangre, todos la veían en silencio. Su belleza producía una especie de tranquila veneración.

Nos gustaba pasar el tiempo en la casa de Rupert y Miles porque su padre siempre estaba en Tampico y su madre casi siempre se encontraba fuera. Su hogar estaba en el colonia del Pedregal, un paisaje de cactus y arbustos, nudos de roca donde tarántulas y lagartijas vivían en grietas.

En su casa, la señora Morgan había llenado dos bañeras de porcelana con tierra y plantas porque sentía que las tinas eran como ataúdes. Nos decía cosas como: "Las sirenas nunca usan perlas o ropa interior", o "Yo prefiero a los árboles que a la gente". Un día nos dijo durante el almuerzo de flor de calabaza en salsa de tomate: "Desde que tenía tres años comprendí el poder de mi belleza".

Sólo fueron necesarios unos pocos meses para que nos diéramos cuenta de que la señora Morgan andaba en una situación peligrosa. Una lenta sombra borró la luz del sol en una sorda desaparición, y la ciudad surgió envuelta en un sudario nuboso que nunca descargaba su lluvia. Miles y Rupert se volvieron hoscos y desaliñados.

Esto pasaba mucho antes de que comenzara el problema del tráfico de drogas y se desatara una terrible violencia en el país. Esto pasaba antes de las películas de Alejandro González Iñárritu. Esto pasaba antes de que fuera común encontrar cabezas y manos cortadas, junto a policías, abogados, soldados y detectives asesinados todos los días. Esto pasaba antes de que aparecieran cadáveres con mensajes escritos en papel y pegados al cuerpo, y antes de que el país comenzara a ser el sitio más peligroso de América para los periodistas.

Esto pasaba cuando todavía podías ser asesinado por amor.

Primero notamos que, cuando el timbre sonaba, la señora Morgan brincaba de su cama de agua, cubierta con telas de algodón de la India, y corría hacia la puerta de la casa. Al volver nos avisaba que regresaría en unas pocas horas. Esto ocurrió durante varias semanas, hasta que un día ella desapareció.

Mientras nosotros estudiábamos cómo fueron construidos los caminos de Roma y leíamos acerca de Alexander Fleming, todos sabíamos que la señora Morgan tenía muchos días sin regresar. Durante nuestra clase de latín con el señor Foulkes, nos enteramos de que ella ya llevaba una semana ausente. Cuando jugamos *football* y estudiábamos la batalla de Hastings, la señora Morgan estaba cumpliendo dos semanas desaparecida.

Recuerdo que mi padre, un judío de Nueva York que amaba tanto a México que decidió a principio de los sesenta quedarse aquí y no volver nunca más a Estados Unidos, nos contaba que la policía mexicana era muy

hábil y que sabía qué le había sucedido a la señora Morgan. Él recordó el famoso caso de la condesa Francesca de Borbon de Scaffa. Unos ladrones robaron sus joyas mientras ella se encontraba en una corrida de toros. La condesa había venido a México para divorciarse del director de cine Bruce Cabot. La policía mexicana resolvió el hurto.

En la escuela leímos la nota roja del periódico. Un compañero nos contó cómo un hombre había encerrado en su casa a sus propios hijos durante años. En el mercado vendía veneno para ratas. Cuando fue arrestado, dijo que le había dado a sus hijos nombres extraños porque era un librepensador y no quería llamarlos con nombres de santos. Los nombres de sus hijos eran: Indomable, Soberano, Triunfo, Buena Vida y Pensamiento Libre.

Seis meses más tarde supimos que la señora Morgan había tenido una aventura con su vecino, que vivía unas casas más allá. El hombre era Salvador Robles. Se decía que había sido un alto mando en el ejército, y alguien dijo que había estado a cargo de las cárceles de México. Nadie sabía con certeza quién era.

Encontraron el cuerpo de la señora Morgan a las afueras de la ciudad de México. Algunos compañeros de la escuela recuerdan que, unas semanas antes de su desaparición, ella dijo que había hallado una mariposa ahogada en su taza de café.

Supimos algo de lo que había pasado cuando un testigo ocular le contó a los periódicos lo que vio.

La historia consistía en que un hombre, Salvador Robles, había llevado a la señora Morgan a una pelea de gallos. El espectáculo tenía lugar en un ruedo de un barrio pobre de la ciudad. El palenque era un polvoriento lote sucio con sillas replegables dispuestas en círculo. En una esquina descansaban unos sucios perros callejeros. En un costado del local se hallaba un refrigerador con coca colas y, junto a este, una mesa con garrafas de ron. Los hombres bebían cubas en vasos de plástico. Aparte de la señora Morgan, en el local no había otras mujeres. Ella podía ver cómo la mayor parte de los hombres llevaba una pistola en la cintura.

Primero, en una esquina, se pesaron los gallos y luego se colocaron en el centro del ring improvisado. En el momento en que los gallos se lanzaron el uno contra el otro y la señora Morgan vio las navajas de acero, filosas como cuchillos, amarradas a los espolones centelleantes de los pájaros en ráfagas de plumas en el aire, no pudo respirar, y cuando la sangre de los gallos salpicó sus medias comenzó a gritar. Ella se quería ir, pero su amante la detuvo.

Conforme la pelea avanzaba, las dos aves vomitaron bilis. Apenas podían sostener sus cabezas. Por fin, el gallo que había ganado, aunque estaba lleno de pinchazos y mutilado, continuó picoteando el cadáver emplumado por algunos minutos. Durante todo este tiempo, la señora Morgan lloró, saboreando sal, polvo, sangre y miedo en su boca. Entonces el gallo ganador se arrastró hacia fuera del ring, jalando sus alas mientras el metal de las navajas en sus garras dejaba un rastro en la arena. El ave miró directamente hacia la señora Morgan con el único ojo de verde canica que le quedaba. De pronto, un extenuado perro callejero, que había estado mirando desde un lado del ruedo, se abalanzó y abrió sus enormes mandíbulas alrededor del abatido mamarracho de plumas.

Es muy fácil morir.

Es muy fácil morir, dijo el amante. Alguien escuchó estas palabras.

Pocos meses después comenzó la temporada de lluvias. Sentados en la clase leíamos nuestro libro de texto británico, importado por barco, y mirábamos el torrente en el desagüe con agua parda y hojas. Era acogedor estar dentro de la escuela, secos y calientes. El señor Morgan y sus dos muchachos habían regresado al Reino Unido.

Después de la tragedia, el señor Foulkes nos reunió en uno de los salones más amplios de la escuela y por primera ocasión nos habló en galés. Nos dijo que en ciertas ocasiones las circunstancias nos exigían hablar en nuestra propia lengua. Él dijo: *Hawdd clwyfo claf*, que —explico— significaba: es fácil herir a los heridos. Luego dijo: *Ni ddaw ddoe yn ol*.

Ayer nunca regresará ●

